

crímen histórico en el vientre mas ó menos voluminoso del fraile, ni en la palabra mas ó menos fácil del dominicano, ni en la autoridad mas ó menos grande del inquisidor, ni en la ciencia mas ó menos profunda del teólogo; está en el vil materialismo, de suyo gangrenoso, y que cambiando los tesoros purísimos y espirituales del cielo por los tesoros manchados y materiales de la tierra, puede pervertir los institutos mas altos y perder las generaciones mas privilegiadas. Segun los protestantes, Tetzal solia decir, encareciendo la eficacia del perdon comprado por dinero, que si álguien hubiera caido en el horror de violar á la Virgen María en su trono, quedaba por la compra completamente sano y salvo. Convengamos en que hay aquí una exageracion evidente; pero todo puede temerse y todo aguardarse de quien firma bonos como el que vamos á copiar revestido del carácter de una completa autenticidad histórica. «Que nuestro Señor Jesucristo se apiade de tí y se digne absolverte por los méritos de su santísima pasion. Yo, Juan Tetzal, hermano de la Orden dominicana en Leipzick, bachiller de las Santas Escrituras, inquisidor de la infame herejía, en virtud del poder pontificio que me está delegado, te absuelvo de las penas eclesiásticas, que has merecido, y además de todos los crímenes y pecados antiguos, de cualquier estirpe y magnitud que sean, aun de aquellos cuya remision se ha reservado especialmente para sí nuestro santísimo Padre. Borro tambien cualquier mancha de impureza ó deshonor que hayas podido contraer por tus crímenes. Te libero de las penas del purgatorio. Te permito la participacion en los santos sacramentos. Te reintegro en la comunión de los santos y te devuelvo la pureza que tuviste en el bautismo, de suerte, que las puertas del infierno queden cerradas para tí así como abiertas las del Paraíso. Y esta gracia durará hasta el fin de tu vida. En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. El comisario, Fray Tetzal.»

El oficio de Tetzal no pertenecía á la estirpe de los oficios religiosos, sino á la estirpe de los oficios mercantiles. La casa en que vivia, semejábase á una tienda y no á un monasterio; seguíanle, por todas partes, no como á Cristo los necesitados, sino como á Pilatos los poderosos y los ricos; en vez de tender á su vista los pobres las manos suplicantes, tendíalas él en demanda de oro á todo el mundo; sacaba de pueblos como Freiber cantidades que impor-

taban hasta dos mil florines; y tenia ochenta ducados mensuales para su persona, diez para su servidumbre, magníficos vestidos y hasta cuatro caballos. No es mucho, pues, que prometiera toda suerte de absoluciones á toda suerte de pecados; que anunciara desvergonzadamente á todos los compradores de indulgencias la pureza de Adán en el Paraíso; que creyera haber salvado con sus bonos tantas almas en la tierra como pudiera salvar San Pedro con sus oraciones en el cielo; que enseñara el abandono absoluto de la direccion de este mundo al Pontífice por Dios, resuelto á no mezclarse en nada terrestre hasta el día del Juicio; que sostuviera la superioridad del Papa sobre los ángeles, los santos y la Virgen misma, porque todos estos son á Cristo inferiores, y el Papa es á Cristo igual: palabras sostenidas con mas ó menos elocuencia, con mas ó menos exageracion, con mas ó menos extremos de encarecimiento, pero encaminadas á enriquecer el tesoro pontificio y robustecidas por la facultad de excomunion que tenian los inquisidores. Al mismo tiempo pintaba con la mayor viveza el estado de la fábrica de San Pedro; sus colosales machones á medio levantar; sus innumerables piedras diseminadas por todas partes; sus arcos sin concluir ni cerrar; falta la capital del mundo católico de una Basílica en proporcion armoniosa con su grandeza; expuestos los sepulcros de los Apóstoles á todas las inclemencias del aire; podridas por la lluvia y por el granizo las reliquias de los mártires; próximo á convertirse en ruinas lo mismo que estaba recién edificado; destrozada la santa Madre Iglesia por esta carencia de su casi divina metrópoli. ¡Ah! Ciertamente, merced á tales predicaciones, podrian las piedras subir y redondear los arcos inmensos y sostener las claves colosales y rematar las cúpulas casi celestes y ser aras en los altares y astros en las alturas; pero el templo espiritual tan grande como el Empíreo, digno por su excelsitud y su belleza de contener á Dios en esencia, esmaltado de ideas mas luminosas que soles; el templo de donde sube á lo infinito el incienso de la verdadera oracion; el templo invisible de las almas se caía y se arruinaba totalmente bajo la pesadumbre de todas esas palabras, las cuales abrillantaban de piedras preciosas la corona material de los Papas en Roma, pero afligian, como las mayores blasfemias, á los ángeles del Señor allá en la gloria.

El mal se aumentaba con tanta rapidez que corrompia aun á los pueblos

mas apartados de Alemania, y sublevaba á las conciencias mas inclinadas á la tranquilidad religiosa y mas decididas por una reconciliacion completa con la Iglesia. El historiador de Dinamarca, Pontoppidan, refiere que allí, en aquella nacion, vendió cierto fraile á Nicolás Paterson y á su esposa, una bula para poder ganar la absolucion de todos sus pecados en la hora misma de su muerte, bula, cuyo contexto escandalizó la conciencia de los fieles y preparó las adhesiones á la revolucion. El ánimo menos piadoso se aflige, cuando piensa que todas estas predicaciones tenian por fin la riqueza de algunos potentados y por pretexto la fábrica de San Pedro. ¡Ah! No estaba, no, la virtud del ministerio religioso, la fuerza del poder espiritual, la autoridad de la Iglesia católica en la solidez de los mármoles, en el esplendor de los bronce, en la riqueza de los mosaicos, en la altura de las bóvedas, en la grandeza de las rotondas; como el establo de Belen hizo vacilar el palacio de los Césares, un monasterio de frágiles paredes, de escasos fundamentos; con claustros sombríos y estrechos; con celdas que parecian calabozos y sepulcros; dotado de un altar de palo, el cual se caia tristemente á pedazos; especie de miserable madriguera que recordaba las tribulaciones de los primeros cristianos y la oscuridad de las santas catacumbas; un monasterio tan humilde iba prontamente á levantarse como una sombra gigantesca y á desafiar las Basílicas antiguas y modernas de Roma con todos sus tesoros y todos sus esplendores; porque dentro de ese monasterio se encerraba un monje, el cual encendia en la conciencia humana centellas de espiritualismo, y volviéndose á Cristo crucificado, le decia: «Señor, tú eres mi justicia y yo soy tu pecado; tomaste tú lo que me pertenecia, y me diste lo que era tuyo; aquello, que no podias ser, lo fuiste por amor de mí, y aquello que yo, á mi vez, no podia ser, lo he sido por tu misericordia. Líbreme Dios de procurarme una santidad que excluya el sentimiento de mi miseria. Cristo no está ni puede estar sino con los pecadores.»

Este monje habia dicho dos palabras terribles: «Yo haré un agujero en el tambor y otro agujero en el bolsillo de Tetzl.» Tamaña frase obedecia verdaderamente á las circunstancias; y compendiaba toda la situacion política de Alemania, profundamente conmovida y agitada por las lamentaciones y las luchas de los campesinos, que no podian soportar ya las exacciones arbitra-

das por la Iglesia católica y por los señores eclesiásticos. Reinaba, como Emperador de Alemania, á la sazón, el estrambótico Emperador Maximiliano I. Pocos hombres tan raros, y tan dignos de un detenido estudio filosófico y psicológico. Caballero por sus vocaciones, aspiraba en sueños de demencia incomprensibles á Papa. De fuerzas atlético y de temperamento jovial, ofrecia singular contraste lo guerrero de su apostura con lo dulce de su trato. Nadie se ha movido mas y ha hecho menos en el mundo. A primera vista el mayor de los hombres por su aire; y en realidad el mas pueril de los niños por sus actos. Diríase que su idea tenia la ligereza y la vaguedad de esas nubes inciertas y flotantes á todos los soplos de la atmósfera. Intentaba las mayores empresas; y no concluia ni perfeccionaba ninguna. Cuando mas le apuraban las circunstancias, y mas le apremiaba la terrible imposicion de los hechos, divertíase á todo divertir, y dejaba correr á su capricho el curso de las cosas, como si solo creyera en la fatalidad. Estimaba en mas correr los peligros de la caza que correr los peligros de la guerra. Si traia de sus excursiones un gran gamo, herido y maltrecho, ufanábase mas que si hubiera traído de sus guerras prisionero al Gran Turco. Luchaba en los torneos, y se tenia por feliz, cuando mostraba sus fuerzas baldías y su destreza inútil. En la cúspide, un dia, de la catedral de Ulm, púsose á caballo sobre el parapeto, riéndose del susto que daba con esta calaverada infantil á sus súbditos y á sus cortesanos. Todo en él era extravagante. Ya, en tal ciudad, disponia por rescripto que las mujeres vistieran nuevas modas; ya, en tal otra, como los judíos le regalaran una espuerta llena de huevos de oro, aprisionábalos á todos por el placer, decia, de reunir á buen recaudo gallinas capaces de dar tan cuantiosa postura; ya, como en otra ciudad el ayuntamiento expulsara á las mujeres públicas, llevólas él consigo y las hizo entrar á su lado en público y solemnísimo ingreso. La lectura de sus Memorias prueba que no estaba bien seguro de su cerebro; pues solia, dictándolas á largos intervalos, olvidar la relacion que escribiera meses antes y aun el sentido de las viñetas con que los dibujantes adornaran, por su orden, el principio de los capítulos del libro. Emperador, de esta suerte ligero y tornadizo, debia tristemente agravar la situacion de Alemania y traer la ruptura de los campesinos con sus señores eclesiásticos.

De antiguo venia la enemiga entre los campesinos alemanes y sus seño-

res canónicos. Pero se recrudece y exalta, desde mediados del siglo décimoquinto hasta el momento en que estalló la Reforma luterana. En 1460, los agricultores se sublevan contra su tirano, el Abad de Kempten; en 1471 otros agricultores, no menos entusiastas y animosos, combaten contra el Obispo de Wurtzburgo á las órdenes de un profeta, que presagiaba el advenimiento de la Reforma y la fundacion de una República cristiana con la divisa de libertad, igualdad y fraternidad; en 1490 otros agricultores de igual aliento y de iguales ideas que sus compañeros y predecesores muertos en los campos de batalla, fuerzan al obispo Federico de Augsburgo á otorgarles una capitulacion, que luego desconoce el infame, cuando ya se hallan sometidos, y los atormenta con tormentos mas crueles para ellos y mas ignominiosos para él. Todos estos levantamientos anunciaban el terrible que debía verificarse en Alsacia, por el año de 1493. Así como los holandeses habian escogido, cual símbolo de guerra, un queso; y los suizos una manzana; escogieron los alsacianos un zapato, el cual contrastaba por su sencilla rudeza con las botas y las espuelas de los obispos feudales. Traicionada esta sociedad alsaciana; vendida por la apostasía; muerto y cortado en cuatro pedazos por mano de los verdugos su jefe; no desaparece, porque en 1505 se funda de nuevo como sociedad secreta en Espira, y en 1513 estalla como rebelion abierta en Brisgau. Animoso capitán la dirige; agentes enérgicos la favorecen; unos de sus sectarios se distinguen por ceñir férreo anillo al cuello; otros por llevar áurea moneda al sombrero; los mas por seguir á un jóven ebanista, Jerónimo, que vestido de lana blanca y montado en blanco caballo, recorre las ciudades de Alemania y predica el advenimiento de la justicia de Dios y el triunfo de la libertad del hombre. Los dos mil soldados que le siguen demandan la abolicion de las jurisdicciones eclesiásticas; el fin de los diezmos; la ruina de los obispos feudales. Llevan una H bordada en sus pechos, y quieren libertar á Alemania de la servidumbre eclesiástica. El verdugo alcanzó á exterminarlos á ellos; pero no alcanzó á exterminar sus ideas. El fuego estaba oculto; pero no ardía menos bajo los apagados rescoldos. Alemania se abrasaba en sus voraces llamas. Y á una Alemania de esta suerte agitada, fué Tetzel á vender sus bulas, que al fin y al cabo resultaban tributos eclesiásticos, y á provocar una rebelion verdaderamente invencible, pues tenia por fortaleza la conciencia.

Debía, por necesidad, estallar el rompimiento; debía salir del pecho de Germania una voz, que concentrara todas las constantes aspiraciones germánicas. Cuando la materia cósmica encuentra un núcleo, forma un orbe; cuando la idea nueva encuentra un hombre, forma una revolucion. Tetzel acababa de establecer su banca pontificia en Interbock, no léjos de la ciudad de Lutero, no léjos de Witemberg. El confesonario reveló á este los estragos de las predicaciones de aquel; y lo abandonada que yacia la antigua frecuentacion de la penitencia. En su celo comenzó por dirigirse á sus superiores y rogarles que convirtieran la atencion hácia la gravedad del mal. Embargadas todas sus facultades por estas ideas, solo subía al púlpito para expresarlas, como si en ellas se fijara exclusivamente toda la activa reflexion de su juicio y toda la austera severidad de su conciencia. Temía Lutero, y temía con fundamento, que la facilidad de allegar indulgencias, cediese en daño de la fe en los méritos de Cristo y de la vida moral y pura que cada cual debe practicar para conseguir la propia justificacion. ¡Qué peligros corren las almas! exclamaba. Sacerdotes dormidos, las tinieblas de hoy resultan mas espesas y palpables que las tinieblas de Egipto. ¿Dónde encontrar seguro contra tan profunda desgracia? Lutero se dirigió al causante principal de todos aquellos males, al empresario de las indulgencias, al arzobispo Alberto de Maguncia; y el arzobispo Alberto de Maguncia, menospreciador como todos los poderosos de las ideas que brotan, de las iniciaciones que alborean, de los sistemas que nacen, de los tribunos que comienzan ¡ah! encogióse de hombros y arrojó léjos de sí la humilde peticion del monje sin presentir ni prever la espesa nube, cuyos negros vapores oscurecian ya el refulgente disco de la Iglesia. Entonces Lutero, no cansado de apelar á la conciliacion y de huir á la guerra, escribió en el mismo sentido que al arzobispo de Maguncia, al obispo de Brandeburgo. Sabio, virtuoso, piadosísimo este, contestó á Lutero, doliéndose de la intensidad del mal; pero conjurándole á permanecer tranquilo, no fuera á recrudecerla ¡oh! la misma energía del remedio. Lutero desatendió á estos consejos de paciencia; y á pesar de desatenderlos, estuvo tan vacilante y de tal manera incierto, que aun provocado por Tetzel, conecedor de estas gestiones, tardó cerca de un año en responder á la provocacion. Pero respondió, y al responder, estallaron en los aires caliginosos los primeros relámpagos de la revolucion religiosa.